

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

OSCAR EFREN REYES

V. Historia de D. E. Reyes - T. II P. 31

MAYAS e INCAS

(Conferencia sustentada en el Salón Máximo de la Universidad Central el 7 de Noviembre de 1938)

(Edición separada del libro América)

Quito

Imp. de la Universidad Central

1940



Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons:

Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas, 3.0 Ecuador

(<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/ec/>). Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidades comerciales y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

OSCAR EFREN REYES



7 de Noviembre



Cuando los españoles emprendieron en la exploración y dominación continentales, sus impresiones sobre los aborígenes que iban encontrando por diversas regiones no fueron siempre idénticas.

Encontraban aborígenes de una extraña masedumbre y maravillosamente ingenuos, como niños. Descubrían tribus o naciones belicosas e insumisas, acometivas y feroces, que comían carne humana por extrema rabiosidad. Conocían extensos pueblos de grandes expedicionarios continentales o de audaces marinos. Y, a veces, en ciertas áreas de excepción, se sorprendieron también ante muy densos conglomerados urbanísticos, rodeados de sembríos y de canales de riego, que denotaban una muy adelantada cultura agrícola, cuando menos. Y advirtieron notables organizaciones militares y políticas; núcleos de dominadores sobre inmensas masas humanas; y grupos de industriales, de artífices y de constructores, en unas como ciudades de ensueño, de fuera del mundo, con unas gentes medio salvajes en unos aspectos, y admirables y espléndidas en otros.

Decía Cristóbal Colón, en su **Diario**, de los indios caribes que sorprendió, por primera vez, en los islotes antillanos: "Son estos indios muy bien hechos, de muy fermosos y lucidos cuerpos y muy buenas caras... Son la mejor gente del mundo y más mansa... Andaban desnudos... Harto blancos; que si anduviesen vestidos y se guardasen del sol y del aire, serán tan blancos como en España"...

Pero si ésta la impresión optimista de Colón sobre los caribes de los primeros islotes, en nada se le parecieron

ras de los exploradores del Orinoco, de Nueva Andalucía, de Tierra Firme o de Castilla del Oro.

Así, ya en el año de 1520, el Licenciado Rodrigo de Figueroa, Justicia Mayor de la Isla Española y Repartidor de Indios, informaba que "sobre todas las otras naciones de indios, se señalaba y distinguía en el canibalismo la caribe... , raza superior, inteligente, guerrera y navegante. A sus ojos las demás gentes habían nacido para ser esclavas suyas y a todas trataban con desprecio y tiranía, dando a entender su prepotencia"...

Y eran tan orgullosos estos caribes continentales que, en ciertos lugares, según la relación del P. Juan de Aguado, en su libro **Fundación y Población de Mérida y San Cristóbal**, "con una bárbara y necia determinación, creyendo que estaban cercados de sus contrarios los indios comarcanos, de su propia voluntad, así varones como mujeres, se ahorcaban ellos mismos de las varas y cumbreras de sus buhíos"...

En otras partes, los indios vivían, generalmente, bajo la presión impetuosa del éxodo: "Estaban —dice Fr. Antonio Caulín—, en continuo movimiento por las aguas de los ríos y de la mar, en ligeras embarcaciones que sabían construir y manejar con habilidad. La guerra era toda su ocupación"...

Y más o menos como estos indios —guerreadores, muy bravos, con ligerísima y simple vestimenta y poco quietos—, eran muchos otros de los aborígenes del Nuevo Mundo, de México a Chile, y en las propias Antillas, en el Orinoco, en el Amazonas o en el Río de la Plata.

En cuanto a los indios norteamericanos, que se los advirtió después, "eran tan holgazanes —según el historiador Coman—, que no tenían aptitudes para la labor agrícola, y las tentativas de los blancos para disciplinarlos no tuvieron éxito; porque se enfermaban o morían"... Y fue por eso, sin duda, que los colonizadores británicos, según Seeley, prefirieron exterminarlos, "como se extermina una manada de renghíferos"...

Pero las áreas de excepción, en medio de tan tristes impresiones, ya iban quedando determinadas a los ojos del europeo, a partir del propio siglo XVI.

Y así, al avanzar, continente adentro, hasta las metasetas del Anahuac, o a las planicies andoperuanas, las sorpresas del conquistador fueron ya de otro orden, y ya no se habló solamente de indios desnudos y de caníbales, sino también de ciudades extensas, de edificios de cal y canto; de hogares laboriosos y de hombres pulcros y cortes.

Dice el soldado Bernal Díaz del Castillo, en su **Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala**: "Ibamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se torcía poco ni mucho, e puesto ques bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes que no cabían: unos que entraban en México y otros que salían, y los que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres e cues y en las canoas y de todas partes de la laguna, y no era cosa de maravillar porque jamás habían visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué nos decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte, en tierra, había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, e víamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México" ... Y, "íbamos por nuestra calzada; ya que llegamos donde se aparta otra calzadilla que iba a Cuyuacán, ques otra ciudad adonde estaban unas como torres que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía de libreas diferenciadas las de los unos caciques de los otros, y las calzadas llenas dellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma adelante a recibirnos, y así como llegaban ante Cortés decían en su lengua que fuésemos bién venidos, y en se-

ñal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la misma mano" . . .

Y al llegar a las tierras del **Tahuantinsuyo**, dice el soldado Francisco de Jerez, secretario de Francisco Pizarro, en su **Verdadera relación de la conquista del Perú**: "Este pueblo de **Caxamarca** es de dos mil vecinos: a la entrada del hay dos puentes, porque por ahí pasan dos ríos. —La plaza es mayor que ninguna de España; toda cercada, con dos puertas, que salen a las calles del pueblo.— Las casas della son de más de doscientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; están dentro de estas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros.—Las paredes dellos son de piedra de cantería y sus puertas, y dentro de sus patios sus pilas de agua traída de otra parte por caños, para el servicio destas casas; por la delantera desta plaza, a la parte del campo, está encorporada en la plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza a la fortaleza; por la delantera della, a la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin salir de la cerca de la plaza . . . Fuerzas son que entre indios no se han visto tales; entre la sierra y esta plaza grande hay otra plaza más pequeña; cercada toda de aposentos; y en ellos había muchas mujeres para el servicio de aqueste Atabalipa . . . La gente de todos estos pueblos, después que se subió a la sierra, hacen ventaja a toda la otra que se queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razón, y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantilla de mujer.—Los hombres visten camisetas sin mangas, y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodón, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres, de lana y algodón, hecho como

zapatos" . . . Y esta ropa, "es la mejor que en las Indias se ha visto".

Todo lo cual revelaba, a simple vista y sin grandes esfuerzos de investigación, una evidente superioridad de ciertos grupos de selección sobre una inmensa mayoría de población indígena, dispersa hasta por las más apartadas regiones y en una sorprendente gradación de condiciones culturales, desde el hombre desnudo y nómada, de economía parasitaria, hasta el agricultor intensivo, que fue creador y organizador, a la vez.

Para el español del siglo XVI no quedaron inadvertidas las diferencias, y apreció el progreso de los **aztecas** en Nueva España, como constructores de ciudades, ante todo, de los **chibchas** en el Nuevo Reino de Granada como diestros metalúrgicos e incomparables orífices, y de los **incas** en el Perú, como labriegos, industriales y organizadores político-militares.

Pero hubo algo más notable, sin duda, que escapó a su admiración, y fueron las grandes cosas que se habían operado en América indígena, previas a aquellos desarrollos culturales que les sorprendían.

Antes del esplendor de los aztecas, en efecto, se habían sucedido y habíanse extinguido varios ciclos de una alta cultura intelectual y científica —la de los **mayas**; y al espectáculo de un imperio incaico en disgregación, habían precedido varios siglos y etapas de experiencias y realizaciones, paralelamente a un proceso de sorprendente disciplina social y política.

Verdad que misioneros y averiguadores coloniales — como Bernardino de Sahagún, el Obispo Landa y Francisco Jiménez, en México y Guatemala; o como Cieza de León, Polo de Ondegardo, Martín de Morúa y el indio Guamán Poma de Ayala, en el Perú—, entrevieron ya, por la tradición, algo de ese pasado distante.

Pero han sido, sobre todo, la ciencia del siglo XIX y las investigaciones metódicas de nuestro tiempo, las principales descubridoras, ante los asombrados ojos del mundo, del panorama de esta antigua América, siquiera en

sus contornos fundamentales y pese a su lejanía brumosa.

Por eso sabemos ya que, desde hacía miles de años, había en este continente, lleno de sociedades aborígenes insospechadas para el Mundo antiguo, un pueblo de hombres finos, artistas y sabios que fue el **Maya**; y una raza de estadistas, de civilizadores y de organizadores políticos de gran alcance, que fueron los **Incas**.

Entre muchos otros sabios del mundo, se han ocupado, apasionadamente, de los primeros, Brasseur de Bourbourg, M. A. Heps, Max Muller, Herbert J. Spinden, Morley, Bancroft, Georges Ravnaud, John D. Teeple, y los sabios mexicanos contemporáneos, de Martínez-Hernández a J. Enrique Palacios.

Y entre otros muchos también, han consagrado gran parte de sus mejores días al estudio de las antigüedades incaicas y sus aspectos más notables, Tschudi, Middendorf, Cunow, Means, Brinton, Trimborn, Posnansky, Uhle, Luis Baudin y los hombres de ciencia peruanos Julio C. Tello, Luis Valcárcel, Urteaga y de la Riva-Agüero; a todo lo cual no ha sido menos valiosa la contribución ecuatoriana con González Suárez, Jijón y Caamaño y Carlos M. Larrea.

De este modo, los resultados de la investigación arqueológica y de la interpretación científica han venido a completar o aclarar o confirmar mucho de lo que los conquistadores y misioneros españoles dijeron seguidamente a sus impresiones o averiguaciones entre los restos —de decadencia o de tragedia—, de esos pueblos aborígenes de América.

Intentaremos, a base de aquellas informaciones autorizadas —aunque no siempre acordes—, siquiera brevísima síntesis de aspectos específicos de aquellas dos culturas indias.

LOS MAYAS

Los mayas desarrollaron su potencia cultural en una inmensa área centroamericana, correspondiente a territo-

rios actuales de México, Guatemala, República de El Salvador y Honduras española y británica.

Culminaron, sobre todo, en sus grandes ciudades de Yucatán, de Tebasco y Chiapas, a los bordes del Usumacinta y valles del Petén.

Tuvieron épocas de paciente dominación territorial y económica, así en las tierras bajas y poco salubres del noreste hondureño como en las planicies guatemaltecas y mexicanas, en lucha abierta, por lo general, con desfavorables condiciones de la naturaleza.

Estas épocas de dominación territorial y económica —que, por otra parte, comprendían la edad arcaica o inicial de la civilización maya—, se sucedieron, seguramente, entre los siglos I y X antes de Cristo, según los cálculos de Herbert J. Spinden.

Dentro de los primeros quince siglos de la era cristiana llegaron a sus dos brillantes períodos de culminación, con la organización de grandes ciudades, creación científica y refinamiento industrial y artístico, hasta casi la llegada de los españoles.

El primero de estos períodos, o **Antiguo Imperio**, ocurrió principalmente en Honduras y Guatemala, y abarcó del año 68 en que, según las más sabias descifraciones de la cronología maya, se fundó la primera ciudad de Uaxactun, hasta mediados del siglo VII.

El segundo, o **Nuevo Imperio**, surgió en Yucatán, tras de un éxodo de sur a norte, y se extendió del siglo VII hasta el año de 1548, en que se destruyó, por acción de las guerras intestinas, la poderosa Confederación de Mayapán.

Tanto en la etapa arcaica, de hacía miles de años, como en sus períodos de culminación, el esfuerzo maya alcanzó proporciones gigantescas, desde la dominación de la tierra bravía y la adaptación y consecución y organización de las primeras bases económicas, hasta la formación de los grandes centros urbanos, con plazas de deporte, templos y palacios.

"Nosotros estamos acostumbrados —dice un eminente investigador norteamericano—, a formar nuestra opinión de las muertas civilizaciones ateniéndonos a las obras de arte que nos han legado; pero nuestro juicio de ellas hubiera sido quizá más exacto si estudiáramos los problemas que los hombres primitivos tuvieron que resolver para subvenir a su alimentación y a otras necesidades de la vida en sociedad"...

En efecto, los antiquísimos **ulmecas**, o primitivos mayas —que advinieron, en tiempos muy lejanos, del norte y quizás también, del Oriente, de un país hundido en el mar, según ellos decían—, tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones de su mundo físico, creando casi todo.

Importaron cuanto de fundamental se había conseguido hasta entonces para la vida humana, inclusive el maíz o **teozintle** evolucionado, y las calabazas y habichuelas, y el nopal y el algodón, ya de capital importancia como base económica aborigen en buena parte de pueblos americanos. Y domesticaron también y cultivaron, por su cuenta, plantas y animales que en estado salvaje encontraron en las nuevas regiones, que se proponían dominar.

Así, descubrieron el cacao y sus formas de utilización, siendo de los más antiguos en usarlo. Domesticaron el zapote, la papaya, el aguacate, la anona y el tomate, y aplicaron, por primera vez, la vainilla a la condimentación. Usaron el tabaco, como medicina primero, y lo cultivaron y fumaron, por placer, después. Descubrieron la utilidad del caucho, para fines prácticos y suntuarios, y fabricaron juguetes, impermeables y pelotas. Domesticaron pájaros y animales extraños, inclusive abejas o mosquitos dorados, para la explotación de la miel. Y domesticaron y cuidaron el pavo y el perro para alimentación.

La primera civilización maya fue, pues, civilización agrícola, como todas las más grandes civilizaciones iniciales del mundo.

Y asegurada e incrementada la producción agrícola, la industrialización advino enseguida.

Y no sólo industrializaron con flora y fauna, sino tam-

bién con la riqueza mineral. Hicieron desde hachas de piedra y cobre hasta joyas de oro. Y descubrieron y aprovecharon el cristal de roca; y descubrieron y aprovecharon también las excelencias del concreto y de la caliza para las construcciones.

Con su industria crearon un comercio, y en sus canoas a remo emprendieron largos viajes a regiones distantes, para las que llevaban aquellas sus hachas de piedra o de cobre; sus objetos de caucho, raras conchas, tejidos pintados, artículos de cerámica; su cacao y, quizá también, su tabaco, que llegaron a constituir medios de intercambio.

Esta capacidad expansiva de los mayas, les permitió llevar influencias hasta regiones lejanas, en tiempos diversos.

Navegaron por el Golfo de Méjico y por el Caribe, e irrumpieron por el Pacífico y tocaron en costas ístmicas y colombianas y avanzaron hasta el Ecuador y Perú.

En el Ecuador dejaron sus rastros, principalmente a lo largo del litoral, de Esmeraldas a la Puná, y en el área interior de los cañaris. Y en tierra peruana, en toda la extensión del **Gran Chimú** y, según Uhle, hasta en la singular y antigua cultura de Chavín.

Durante el **Antiguo y Nuevo Imperio** (siglos I al XV D. de J. C.) descollaron, sobre todo, como grandes constructores y organizadores de ciudades.

En el **Antiguo**, sus conglomerados urbanísticos llenaron, principalmente, las tierras hondureñas y guatemaltecas, y aparecieron **Uaxactún, Tikal, Quiriguá, Copán y Palenque**.

En el **Nuevo**, y en área yucateca, aparecieron, entre varias otras, **Izamal, Labnal, Mayapán, Chichén-Itzá, Uxmal y Aké**, aparte de un sinnúmero de otras pequeñas urbes, que la investigación de nuestro tiempo, a iniciativa, sobre todo, de la Institución Carnegie y con la cooperación empeñosa y sabia de Morley y A. B. Kidder y de los técnicos de las Universidades de Chicago, de Harward, de Clark, de Florida y de Michigán, han ido descubriendo y estudiando sin cesar en todos sus múltiples aspectos.

A la llegada de los españoles, las principales ciudades del Petén, del Usumacinta y de Yucatán habían desaparecido, arrasadas por múltiples factores adversos, de orden físico, unos, como las convulsiones volcánicas o los cambios climáticos profundos; y de orden social y económico, otros; pues, los mayas, aunque con élites intelectuales muy cultivadas, eran, según parece, muy deficientes como políticos, y no llegaron a organizar un poder durable, fuera de sus caciques tiránicos, que realizaban prodigios monumentales con el trabajo de inmensas masas humanas, constreñidas y hambrientas. . .

En cuanto al último refugio de los maya-quichés, que había sobrevivido a la general catástrofe, la ciudad de **Utatlán o Gumarkaj**, fue incendiada y destruida por Pedro de Alvarado y sus compañeros en el año de 1524, por parecerle, según decía, impresionado sin duda por los pasadizos y galerías para la defensa, "más casa de ladrones que de pobladores". . .

Y fue en esas ciudades donde culminó el arte arquitectónico de los mayas. Aunque no llegaron a descubrir el arco, que les habría permitido la construcción de grandes bóvedas de amplios recintos, su sentido artístico triunfó en los bajo relieves, las estatuas, las esculturas murales y la decoración.

Construyeron templos sobre terrazas perfectas, opulentas y macizas, de piedra primorosamente labrada y unida con mezcla, de una altura hasta de 50 metros. Realizaron combinaciones geométricas impecables. Levantaron columnas artísticas con relieves e inscripciones jeroglíficas. Tallaron monolitos gigantescos, como el de la Tortuga, de Quiriguá, estatuas y cariátides; y, en sus manos habilísimas, la piedra pareció plástica para sus labores de filigrana y encaje, como en Palenque y Uxmal. Y pintaron los muros interiores de sus edificios —como en el Templo de los Tigres y en el Palacio de los Guerreros, de Chichén-Itzá—, con óleos que han llenado de admiración a eminentes visitantes, como J. T. Goodman y Eric Thompson.

Dice, al respecto, uno de ellos: "Los mayas produjeron una de las pocas realmente grandes y coherentes expresiones de belleza dadas hasta hoy al mundo, y su influencia en América fue, históricamente, tan importante como la de los griegos en Europa"...

Pero si fueron notables como creadores económicos, como constructores de ciudades y como artistas, más lo fueron aún como intelectuales y hombres de ciencia.

Rodearon su pasado de poesía genial y supieron contar los triunfos y dolores de su pueblo en alegorías bellas. Inventaron una escritura —de 300 a 400 caracteres— que llegó ya a las lindes del fonetismo. Fabricaron su papel y sus tintas indelebles y escribieron sus libros o **códices** para la posteridad. Varios de esos **códices** —como el Vaticano, como el de París o el de Dresde, o el de Madrid siguen produciendo la inquietud de muchos selectos espíritus. "Cuanto se relaciona con la vida de nuestros antecesores —dice José Juan Tablada en su **Historia del Arte en Méjico**—, está ahí, en esos **códices**, representando fiestas del año civil y religioso, caracteres de atributos de los dioses; trajes e insignias de príncipes y guerreros; supersticiones y agüeros; fenómenos físicos y meteorológicos; prácticas de Medicina y Cirugía; artes y oficios; ejemplares de los tres reinos de la naturaleza y aún episodios de la conquista"...

Hasta los siglos XVI y XVII los **mayaquichés** no dejaron de escribir. Pero habiendo aprendido de los europeos la nueva escritura, la prefirieron para sus libros, a partir casi de la conquista misma.

Algunos de éstos han llegado a ser notables —a pesar de que, redactados en pleno desastre y ya bajo régimen extranjero, no correspondieron precisamente a las mejores épocas.

Es lo que ocurre, por ejemplo, con el libro de **Chilan Balaam** y el **Popol Buj**, o **Manuscrito de Chichicastenango**.

El primero trata de asuntos varios, inclusive históricos y medicinales. El segundo, de mayor aliento, consigna las

tradiciones del pueblo maya-quiché, en alegoría sostenida, nimbadas de imaginación y poesía.

El **Popol Buj** ha sido considerado como la Biblia de esa gran nación aborigen. Redactado por el indio quiché Diego Reinoso, en el primer tercio del siglo XVI, se mantuvo oculto a los extraños hasta el siglo XVII, en que el fraile dominico Francisco Jiménez dió con él y lo tradujo, del quiché, a lengua española, aunque no con pocos errores, según se ha comprobado después. Luego el francés Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg, que estuvo en Guatemala desde 1855, se encargó de divulgarlo en el mundo científico europeo, con su publicación en quiché y francés en el año de 1861. Hoy son centenares de hombres de ciencia, historiadores y literatos que leen el **Popol Buj**, donde, según J. Villacorta —que es uno de sus más fieles traductores—, no faltan, en verdad, pasajes como los del Dante, como cuando ocurre, por ejemplo, la partida de **Ixhalamqué** y **Junanjup**, los héroes buenos, al reino siniestro de **Xibalbé**, donde imperan los **Camé**, con sus **Chupa-sangres** y **Quebrantahuesos**, genios de la perversidad y del odio, en un ambiente constante de tragedia, sombras sangrientas y horror, con alusión al drama auténtico que significó el ingreso de los primeros inmigrantes en la sombría región desconocida, donde todo era agresivo, torturante y cruel...

A la escritura de códices y libros, los maya-quichés añadieron el cultivo científico.

Y ahondaron en el estudio de las Matemáticas y de la Astronomía. Estructuraron una Cronología e hicieron un Calendario preciso.

En matemáticas, inventaron una enumeración y sistema vigesimales, con sus correspondientes números dígitos; descubrieron el valor 0 y el valor de posición de los numerales, "varios cientos de años antes de que los empleara el Viejo Mundo", según observa el ilustre Profesor norteamericano John D. Teeple...

En Astronomía señalaron eclipses e hicieron tablas lunares de conjunciones elípticas. El célebre Códice de

Dresde, de hace 1.000 o 1.500 años, estudiado por Teeple, Foerstemann y Willson, contiene tablas nutridas de información astronómica, inclusive de Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

Su Cronología se remonta a un pasado de 5.000 años. El año maya —o **Tun**— era de 360 días, con 5 días complementarios; distribuidos en 18 meses (**uinal**) de 20 días cada uno. Y había grandes períodos —como los siglos o milenios de nuestra época—, pero a base vigesimal: un **katún** de 20 años; un **baktún** de 400, etc. . .

Este calendario estuvo ya perfecto desde hacía unos 100 años antes de Cristo, según ha podido deducirse de la inscripción de la estatuilla arcaica de Tuxtla. Ya para entonces, era, en concepto del arqueólogo George Oakley Tolten, de tanta exactitud "que no se le cambió durante 2.148 años, y no se notó error en un solo día y controló la vida civil y religiosa de varias naciones". Ese calendario, por tanto, era ya "uno de los actos más prominentes realizados en la historia del hombre" . . .

Agricultores, pues, y conquistadores económicos —tal como, por entonces, se hacían las conquistas económicas, venciendo personalmente la ferocidad de los elementos naturales y dominando las plantas y los animales con pertinaz consagración, y sin fincarlas, desde luego, en el simple despojo o explotación de lo ajeno;— industriales, comerciantes y viajeros; constructores de ciudades; arquitectos, poetas, hombres finos y sabios; creadores de una ciencia astronómica y de un sistema de matemáticas y de una escritura, los mayas significaron, en una remota época de América, la capacidad creativa y la aptitud para las ideas abstractas, elaborando su civilización típica y a tono con sus propios conceptos de la vida, en pleno aislamiento del resto del mundo, y, en varios casos, hasta adelantándose al europeo coetáneo, a pesar de la falta de mejores elementos económicos, como los cereales para el pan y animales domesticables —no digo domésticos—, para la carga y el transporte, y del desconocimiento de

factores utilísimos de progreso técnico, que aceleraron, indiscutiblemente, la marcha del mundo antiguo.

LOS INCAS

Los **Incas** tuvieron su origen en las mesetas Perú-bolivianas y, partiendo del Cuzco, dominaron o influyeron, a lo largo del callejón interandino, por el sur hasta el Bío-Bío y Tucumán, y, por el norte, hasta tierras del Departamento de Nariño, en Colombia, comprendiendo todo el litoral peruano y gran parte de las costas de Ecuador y de Chile, en una extensión aproximada de 31 grados geográficos.

Según tradiciones incaicas —conservadas oralmente entre los núcleos dominantes del Incario, hasta muy avanzada la Colonia—, fué Manco Cápac —hijo del Sol y uno de los cuatro hermanos Ayares que un día salieran del Tíjijaja para el **Pajarectampu**, o Cueva de la Aurora—, quien, por excitativa de **Wiracocha**, el Dios Supremo, había sobrevivido cerca del **Huanacauri** y fundado la ciudad del Cuzco, allá, en una época lejanísima que, según el cómputo cristiano, debió de ser entre los siglos XI y XII.

El historiador peruano D. José de la Riva-Agüero conceptúa que, tras de los halos míticos que envuelven este recuerdo, debe advertirse un hecho real, de fondo histórico, por lo menos en cuanto al personaje y a la época aproximada de iniciación incásica.

Manco Cápac, en efecto, fundó el Cuzco, desalojando o eliminando a sus primitivos habitantes; dió origen a un vigoroso núcleo de selección, y estableció las primeras bases económicas y militares que darían preeminencia a su raza. Luego, "los primeros sucesores de Manco, los dinastas **hurincuzcos**, fueron de ordinario los jefes electivos o **sinchis** de una confederación quechua considerable"....

Los **sinchis** sucesivos dejaron de ser, con el tiempo, simples jefes militares de confederación y se convirtieron en jefes de unidad política que, bajo la ambiciosa dirección de algunos de ellos, fué tomando una amplitud vertiginosa.

Hasta el siglo XIV se habían sometido numerosos pueblos de las sierras de Perú y Bolivia. A principios del siglo XV, Pachacútec Yupanqui, el noveno de la dinastía, no sólo aseguraba su predominio en las altiplanicies, sino que, con un ejército disciplinadísimo, bajaba al litoral peruano —emporio de antiquísimos pueblos cultos—, y dominaba a los **yungas**, inclusive a los del **Gran Chimú**, navegantes y guerreros, agricultores y tejedores e incomparables alfareros. Pachacútec Yupanqui —**el reformador del mundo**—, conquistó y legisló, según Garcilaso de la Vega; organizó y disciplinó, unificando genialmente pueblos rivales y sentando los principios de la gran estructuración imperial de pocos años después.

A este inca sucedió el grande y célebre Topa Inga Yupanqui, o Túpac Yupanqui. Con éste se emprendieron las conquistas de Chile y de Quito, quizás hasta fines del siglo XV, conquistas que implicaron toda una serie de homéricos episodios militares, por la resistencia pertinaz de los regnícolas de sur y norte.

Un hijo de Túpac Yupanqui, habido en Tumi-pamba, de la región cañari, quizás entre los años de 1465 a 1470 —Huayna Cápac—, continuó la obra de conquistas y anexionaciones que, ya en las primeras décadas del siglo XVI, culminó con su llegada a territorio colombiano.

Quito, entonces, se convirtió en sede imperial: Huayna Cápac, cansado de luchar, y dueño ya de una vasta extensión, casi inabarcable, se dedicó, en contraposición a la austeridad de sus antepasados, a la vida licenciosa que eccleró su vejez y muerte.

Corría el año de 1526, y ya para entonces, el piloto Bartolomé Ruiz, en frágil barquichuelo, atenaceado por ilusión aventurera, irrumpía por primera vez en el mar de Tahuantinsuyo, frente a las costas ecuatorianas.

A la muerte de Huayna Cápac, sobrevino un hecho político-militar, de caracteres tan estupendos como los de la conquista incaica en pueblos de Quito; y fué nada menos que la captación total de los antiguos focos incaicos, luego de una campaña brevísima, por los guerreros de Qui-

to, que habían proclamado a Atahualpa Señor del Imperio en contraposición a las pretensiones cuzqueñas, que habían consagrado a Huáscar.

Con Atahualpa —vencedor de los grandes guerreros cuzqueños—, terminó el Imperio Incaico, vencido, a su vez, en inusitada sorpresa de estratagemas desconocidas, por un simple destacamento español, en la tristemente memorable tarde del 16 de Noviembre del año de 1532, o sea, precisamente, hace muy cerca de 406 años.

Pero toda esta serie de episodios incaicos —sucesión de sinchis y de ingas en el Poder, conquistas y captaciones sociales y territoriales en gran escala, etc.—, con ser notables en cuanto implicaron ya el ejercicio de una técnica militar, extraña en el mundo indígena, y la planificación de un vastísimo estado imperial— no habrían, en verdad, ofrecido gran interés hasta nuestro tiempo si no hubieran entrañado también todo un proceso de elaboraciones previas, reveladoras de una gran cultura en marcha y de una indudable capacidad de estadistas, como fundamentos de su inmensa y audaz experiencia política.

Para nosotros, los incas fueron, en efecto, ante todo políticos. Esta aptitud les dió una fisonomía especial, entre todas las diversas culturas aborígenes americanas.—Desde luego, les atribuimos tal capacidad dentro del más amplio y elevado concepto que nos merecen los políticos en su verdadera función: hombres que saben comprender y crear.

La política incaica fué, predominantemente, de planificación económica y de alcances sociales. Es decir, fué la verdadera política, así del mundo antiguo como de nuestro tiempo.

Había en su gestión gubernativa dos aspectos, sobre todo, que revelaban elocuentemente su habilidad y realis-

mo, o sea su inteligencia creativa y lealtad suma para con su medio y su historia:

la distribución agraria; y,
la organización del trabajo.

Ninguna de estas cosas había sido, desde luego, inventada caprichosamente por ellos; pues existían con mucha anterioridad, en los regímenes locales, como parte del derecho de los **ayllus**. Pero los incas hicieron de todo ello una legislación aplicada, y, lo que regulaba la vida de las pequeñas células comunitarias pasó, sin grandes dificultades, a regular la vida del Estado, o "imperio socialista", según lo ha denominado, con justificación en gran parte, Luis Baudin.

El **ayllu** fué, como es sabido, cierta unidad social, compuesta de parientes por consanguinidad, a pesar de que los matrimonios de sus miembros no siempre fueran endogénicos. En un concepto científico, el **ayllu** distaba de las analogías absolutas con las demás organizaciones sociales primitivas del mundo. El **ayllu**, por tanto, asumía caracteres peculiares; pues participaba, según un distinguido Profesor de Derecho Peruano, del **clan**, del **sib**, de la **gens** y de la **fratria**, a la vez, y quizás también, de la **banda**, cuando el **ayllu** fué nómada en sus remotísimos orígenes. . . .

Como organización sedentaria, era también unidad económica, en cuanto ocupaba, exclusivamente, un área común de tierra, cultivándola y explotándola por igual. Y era unidad dialectal o lingüística, religiosa y política. Los miembros del **ayllu** obedecían un jefe único, hablaban un dialecto exclusivo, y tenían su peculiar **totem**, único principio u origen de su linaje.

La distribución agraria dentro de los **ayllus** se hacía en dos partes: una para el laboreo individual —de tantos **tupus**, o retazos de tierra, como miembros de familia o hijos que sobrevenían—, y otra para uso o aprovechamiento general, como bosques, aguas y campos de pastoreo. Los **tupus** eran medidas como de 3.200 metros cuadrados; pero se aumentaban si la calidad del terreno era inferior.

La organización del trabajo se hacía también en dos principales direcciones: había un trabajo de utilidad individual o familiar exclusiva, como el cultivo precisamente del **tupu** personal o como el tejido de vestidos o la fabricación de herramientas; y había también el trabajo colectivo, en beneficio de todos, tales como apertura de acequias para el regadío, construcción de puentes, etc., y la colaboración o ayuda mutua, de una vez (**mingas**), o por turnos (**mitas**), como en la construcción de casas, o actividades de minería.

Ordenando estas formas de economía y de trabajo en un cuadro de obligaciones y derechos, tal como ha hecho Jorge Basadre, tendríamos, en primer término, los siguientes **deberes** del miembro del **ayllu**:

1º) trabajar la parte de tierra que le hubiera sido asignada en proporción al número de individuos de familia;

2º) respetar los linderos de las **chácaras** de sus compañeros;

3º) participar en el cultivo de los terrenos asignados a los inválidos e impedidos en general; y,

4º) contribuir a las demás tareas colectivas del **ayllu** o de la **marca** o aldea como construcción de grandes terrazas para el cultivo en las pendientes de los cerros, apertura de caminos, etc.

Pero, de un modo paralelo al cumplimiento de estos **deberes**, se reconocían también los siguientes **derechos**:

1º) recibir una porción de tierra útil, suficiente para ellos y su familia;

2º) disponer de una casa construída mediante la ayuda de todos;

3º) explotar libremente la leña de los bosques, cazar y pescar; participar de los rendimientos de la ganadería y utilizar en común aguas y caminos, y,

4º) ser mantenidos por la comunidad en caso de vejez, de invalidez o de enfermedad....

El sentido realista de los políticos incas consistió, pues, en que, lejos de fantasear una legislación agraria o del trabajo completamente distintos a lo que existía, se-

cularmente, en los **ayllus** o comunidades, ellos aplicaron métodos y fundamentos de derecho de las comunidades existentes a una estructuración social y política más extensa. Importar o fantasear medios de solución política, prescindiendo de las realidades sociales o de los hechos consumados por la Geografía y la Historia, es tan incompetente como no buscar ni crear solución práctica alguna.

Solamente que, al constituirse el imperio, la tierra pasó a ser administrada por el Inca —o sea por el Estado—; y el trabajo tuvo que intensificarse extraordinariamente, mejorando técnica y esfuerzos; porque los participantes de la producción vinieron a aumentarse así:

masas productoras en general;
el Inca, la religión y el ejército;
los inválidos; y,
las reservas de previsión para el imperio.

De este modo, la economía incaica —como la del ayllu primitivo—, estuvo siempre asegurada, y se evitó la miseria para las muchedumbres, a las que, por otra parte se les constriñó a producir incansablemente y comer con frugalidad.

Es verdad que el sistema no impidió, en manera alguna, las excepciones de propiedad agraria individual entre los **orejones** o elementos aristocráticos, ni el aparecimiento de verdaderas castas parasitarias y privilegiadas con servidores campesinos y urbanos —**yanaconas** y **llactarunas**.

Pero es evidente que, entre los sistemas imperialistas —con ser que todo sistema imperialista es malo—, el de los incas, como planificación económica con elementos pre-existentes y como técnica administrativa, fué el menos malo de todos los imperialismos conocidos, antiguos y modernos, entre los que, como es sabido, por mantener el esplendor de una civilización que solamente favorece a clases dominantes, no sólo se olvida la suerte de las muchedumbres productoras, sino que se explota con su ruina completa y su infelicidad.

En otros órdenes, y en detalles de su propia política, no demostraron menos capacidades organizadoras los incas.

Como hombres de estado que eran, y ya que tenían la obligación de asumir la administración de justicia sobre masas humanas inmensas y no siempre disciplinadas, estructuraron un derecho penal, notable en ciertos aspectos, por lo menos en cuanto implicaban un sentido de volumen y de jerarquía.

Faltaban en ese derecho valiosos conceptos, como el de **apelación** o **revisión**; pero en cambio, tenían un valor decisivo las pruebas testimoniales, los factores emocionales, la edad y las circunstancias y precedentes, estableciéndose, según ha advertido el ilustre Hermann Trimbom, un verdadero sistema de gradación apreciativa del delito, tomando en cuenta atenuantes y agravantes y estado social y económico del delincuente.

No había una práctica ni un concepto igualitario sobre el tratamiento del delito; pero había sanciones para todos, así para los simples "**quilliscachis**", o mentirosos y calumniadores, **runa-huachoas**, o deshonestos o adúlteros de las chusmas, como para los **huchayoc-auca**, o príncipes y nobles criminales. Y establecieron la pena jerarquizada, desde el simple destierro político y los **pinas-huasi**, o prisiones benévolas de ciudad donde se les trataba a los que esperaban sentencia "con mucho recabdo, servicios y aparato" —según relato del indio Poma de Ayala—, hasta los **zaucay-huasi**, o calabozos lóbregos, con sapos, pumas o culebras, y los **huarcos** o despeñaderos, y flechamientos y muerte a pedradas, para reincidentes o autores de crímenes atroces, inclusive traidores.

Pero, de un modo paralelo a las medidas represivas, se divulgaba también entre las masas populares un Código Moral, sintetizado sabiamente en máximas de fácil circulación y en saluciones obligadas como ésta: "**Ama llulla, ama sua, ama ccella, ama sipix, ama maclla**"—**no ladrón; no mentiroso; no haragán; no asesino; no perverso; no cobarde**....

Los ingas no llegaron a una escritura propiamente dicha; pues los **quipus** más eran signos para la contabilidad y la estadística que para escribir hechos o ideas; pero el conocimiento de las leyes y su interpretación y aplicación corrían a cargo, seguramente, de oligarquías jurídicas, compuestas de **amautas** o **quipucamayocs**. Estaban, entonces, plenamente, en lo que Summer Maine ha llamado "la etapa del verdadero derecho consuetudinario". . . .

Para la eficiencia gubernativa y de la administración en un imperio tan vasto como el suyo, inventaron y adoptaron medios que, contemporáneamente, eran insospechados aún en el mundo antiguo, como el sistema decimal, la estadística y la demografía, la contabilidad y la medida y clasificación de los terrenos.

Sabido es que el sistema decimal solamente fué impuesto, en el Viejo Mundo, con la Revolución Francesa, a fines del siglo XVIII; y que la distribución agraria, para los efectos del trabajo personal obligatorio y el derecho a la producción según el número de consumidores, sólo ha venido a ser recientemente, en el mundo, materia de teorías políticas.

Los ingas apreciaron y realizaron el camino y establecieron el correo, como medio militar, de unificación política y de celeridad en el despacho administrativo. Exigieron un culto religioso general —pues el **totem** de los ayllus fundadores del imperio era el Sol. Pero se respetaron las creencias y prácticas locales. Se dispuso el quechua como lengua oficial; pero no se prohibieron los dialectos, que, con los siglos, habrían sido sustituidos.

Aún las deportaciones colectivas, no siempre tuvieron significados de punición vengativa, sino de colonización. Precisamente los **mitimaes**, traídos del Perú para Quito, o llevados de Quito para el sur, no constituían, propiamente, sino elementos de fusión étnica y de afirmaciones económicas.

La misma preparación militar no estaba exenta de estudio y previsión. Impusieron en los guerreros la frugalidad y la abstinencia de todo vicio o práctica agotadora,

y el ejercicio sistemático; cultivando la fuerza, el valor y la austeridad, a la vez. La impresión que tuvieron los españoles sobre el ejército indígena, no estuvo en relación, en verdad, con la extrema facilidad con que, por sorpresa o por excesiva ingenuidad de Atahualpa, se llegó a captar el Tahuantinsuyo.

"Esta gente que Atabalipa tenía en su ejército —dice el citado compañero de Francisco Pizarro, Francisco de Jerez—, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la guerra, como aquellos que siempre andan en ella, e son mancebos e grandes de cuerpo, que solos mil dellos bastan para asolar una población de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres"

Organizaron bagajes y medios de transporte; especializaron ingenieros y cuerpos de trabajadores para abrir las rutas, construir los puentes, levantar las **pucaras** o fortalezas de defensa, los **colloctores** e **inti-huasis** para la nueva religión —otro medio, al fin, de dominación—, los **tambos**, de víveres y armamentos, y los **corpa-huasis**, o campamentos del Estado.

Solamente con una organización tan previsora como ésta han podido explicarse las larguísimas y pertinaces campañas incaicas sobre pueblos y territorios distantes y, a veces, en extremo difíciles, como en el caso de Quito, donde la resistencia a los ingas fué de las más incansables y enérgicas.

La elaboración, pues, de un gran Estado y la definición de un Derecho; la estructuración de un Gobierno eficiente y minucioso, y la obra de intensa disciplina social y militar llevada a cabo con inagotable energía, para la realización de las campañas o de las empresas gigantescas, habrían sido suficientes para demostrar que los ingas sí poseían una notable capacidad creadora, dentro de los límites de su horizonte vital, de no contar, al lado de tales hechos toda una historia de esfuerzos propios en el campo de las creaciones económicas, como agricultores, trabajadores de metales y constructores.

Así, la agricultura incaica fué otra de las demostraciones de innegable capacidad aborígen.

Los indios de las altiplanicies Perú-bolivianas, como los de la costa, no tuvieron siempre qué imitar o importar; y, de igual manera que los mayaquichés en sus áreas centroamericanas, los aymaraes del Tiahuanaco y los quechuas del Incario tuvieron, antes de llegar a sus brillantes períodos de culminación, que crear, por sí mismos, sus escalones culturales, desde la más elemental y difícil economía.

Cada escalón representó siglos de heroica lucha con los elementos naturales adversos.

Poma de Ayala, con referencia a las tradiciones de sus antepasados indígenas, ha indicado los siguientes ciclos por los que transcurrió el quechua, hasta su culminación —ciclos que tenemos que considerar, por más que su fundación, no corresponda precisamente a ninguna de las aceptadas por una moderna sociología:

a) época de los **Uari-Viracocha-Runa**, que vivían solamente en cuevas y se vestían de hojas de árboles. Estaban, entonces, en la simple etapa de la economía parasitaria, y no aprovechaban más que frutos espontáneos de la naturaleza y resultados de cacería o pesca muy fáciles;

b) época de los **Uari-Runa**, que ya vivían en chozas, iniciándose en el cultivo de la tierra;

c) época de los **Purun-Runa**, que mejoraron la actividad agrícola, que construyeron casas y tejieron vestidos de algodón; y,

d) época de los **Auca-Runa**, de gran incremento demográfico, de un más intenso aprovechamiento de la tierra, de rivalidades y de guerras asoladoras.

Hasta entonces, seguramente, ya el indígena Perú-boliviano había llegado a domesticar la llama y la alpaca y explotar inteligentemente; aunque sin dominarlos, guanacos y vicuñas. También llegó a dominar como 60 especies vegetales, según la cuenta de O. F. Cook. . . .

Esta última etapa coincidió, sin duda, con los primeros lineamientos de las culturas andinas de la América del Sur, a partir del más antiguo Tiahuanaco, hasta culminar

en las grandes organizaciones económicas incaicas, del siglo XII al XVI.

Fué en esta última época cuando se emprendió en las colosales obras de irrigación, mediante acueductos enormes, trayendo el agua desde lugares apartadísimos hasta los territorios yermos, sin ríos o sin lluvias; cuando comenzaron a extender el uso del fertilizante del **guanay** para adaptar los cultivos a la tierra pobre o agotada, y a crear campos para siembra ahí en donde no habían o eran imposibles, mediante la construcción de **andenerías** o amplias terrazas en las pendientes de los cerros, y a utilizar, según observación de Tello, hasta campos de piedras o ciénegas inmensas, donde los indios trasegaban, en increíble labor de gigantes, montañas de tierra útil, transportadas a espaldas desde lugares inconcebibles.

Tenían los incas tal cuidado sobre las fuentes económicas que tan laboriosamente habían conseguido, que no se cansaron de dictar medidas previsivas para su conservación. Nadie podía cazar o espantar un **guanay**; nadie podía ahuyentar o matar una hembra de vicuña, o destruir o incendiar un bosque.

Y luego, tan importante era el trabajo del agricultor, como del pastor y del minero.

Eran trabajos de especialización y de técnica. Y así como la técnica agrícola y la de domesticación y cuidado de animales les había dado una indudable supremacía económica, la técnica metalúrgica, a cargo de obrerismo especializado, les llevó no sólo hasta el arte suntuario del oro y la plata y a la industria del cobre, para sus armas e implementos —cosa ya casi común entre los indios de América—, sino hasta las combinaciones de mayor alcance práctico, inclusive el bronce. . . .

Señores: Con este esquema hemos pretendido, dentro del reducidísimo marco de tiempo que nos ha sido dable

disponer, evocar dos notables culturas indígenas de América, siquiera en sus lineamientos característicos.

Autores eminentes —a quienes objetar constituiría un grave desacato—, han echado a la circulación, en el mundo científico, ciertas formas de interpretación sobre la antigüedad indígena americana, que, por desgracia, no siempre son justas.

Una de esas formas de interpretación se refiere al mimetismo, exagerando el valor de la influencia. En todas las áreas culturales americanas se pretende encontrar, a todo trance, ecos y prolongaciones y reflejos, despojando a los núcleos aborígenes de toda su capacidad inventiva y de organización. Y aún más: hay una maniática o interesada tendencia a negar, con marcado espíritu unilateral, anti-científico, dicha capacidad. Pero es evidente que, en todas las comparaciones, se prescinde del paralelismo en el desarrollo de las culturas primitivas, según lo anotado por Eickstedt; se olvida o pospone la consideración de las similitudes geográficas; y se olvida o pospone adrede la semejanza de las necesidades humanas en todas las latitudes.

Que hubo un predominante autoctonismo cultural, lo prueban las diversas etapas económicas por las que pasó el indio americano, en distintas áreas geográficas, dominando plantas y animales que no habían en otra parte. Lo prueban también sus deficiencias características —inclusive sus religiones y ritos crueles, en diferentes grados—, y sus relieves específicos; pues acabamos de observar cómo los mayas fueron un pueblo ante todo intelectual y artista —aunque de pésimos políticos—; y cómo los incas, notables estadistas, no llegaron a la altura de las elaboraciones literarias o científicas mayas; ofreciendo, en cambio, en cada escalón de sus avances, el sello inconfundible de sus esfuerzos propios.

¿Qué habría sido de esos indios —despojados de sus religiones inhumanas y sangrientas supersticiones—, si les hubiera sido dable contar con animales de transporte, para acortar distancias, y contar, sobre todo, con el conocimiento de la rueda, de la pólvora y del hierro; y al no ser de-

tenidos en el desarrollo de sus civilizaciones típicas por la conquista europea, que trajo formas económicas, conceptos de la vida y una organización social completamente distintos de los que ellos, por sí solos, sin la cooperación de sus semejantes más antiguos, habían creado en su aislamiento?

El hombre de ciencia que repetidas veces hemos citado en estas páginas, por ser uno de los más autorizados investigadores del pasado de América, Herbert J. Spinden, expresa, por eso, con mucha razón, que todos los esfuerzos que realizó el indígena precolombino, en sus áreas de selección, "ponen de manifiesto cómo la raza autóctona de América fué capaz para la creación de una cultura y civilización propias en nada inferiores a las surgidas contemporáneamente en otras regiones de Europa y Asia. Y ello demuestra también —añade—, indiferencialmente, lo mucho que la supradicha raza podría contribuir al progreso moral y material del género humano, siempre que, después de habérsela asimilado completamente, ponga su genio y su inventiva al servicio de la civilización impuesta por las naciones conquistadoras"

